

no de los sentidos, sino de sus reflejos más o menos condicionados. Pone un hasta aquí constante, y, si puede, da una pirueta o hace una mueca, enseña las manos: ¡nada por delante, nada por detrás! Para comprender otra cosa hay que ser como él, y eso es ponerle a uno las peras a cuarto.

Y si no:

*¡Vuela, pensamiento, y dile
que calle y no diga nada!*

Ese profundo pudor mexicano que le nace por todos los poros, ese mejor callar, por si acaso —o por acoso— no me entienden... Que los que sean de su cuerda no necesitarán sino medias palabras, o ni eso: el sólo mirar. Y recaer en la broma, por no callar: —Máscara, ¿a que no me conoces? Doloroso juego, pero juego que ahoga, muchas veces, el canto llano.

Última Tule

Ese callar fue ya del mero principio:

*y sólo trato conmigo
los secretos que me digo.*

(“Lamentación bucólica”, 1906)

Podemos seguir el callado rastro fácilmente:

*Apaga el ansia, baja la voz, filosofemos
y no nos oiga el sueño lo que decimos de él.*

(“Filosofía a Lálage”, 1910)

¿y las penas que ahogo...

(“Las quejas”, 1917)

y, ya descifrado, el secreto a voces:

pero más es lo que callo

(“Mis amores”, 1930)

*¿Qué tienes alma que gritas
a tu manera y sin voz?*

(“Cuatro Soledades”, 1937)

*Yo espero y pasan los años
¡tan callando!*

(“Un día”, 1938)

falta voz a mis clamores

(“Insomnio”, 1938)

Sin olvidar, porque él mismo lo recalca, la cuarteta final de los *Romances de Río de Enero*, donde la misma emoción vaga, que nunca se entrega del todo: “no pude decirte lo que quería”.

Este callar mexicano tiene en Reyes razones humanas más directas, orígenes más claros y dolorosos: antiporfirista como tantos otros compañeros suyos de generación y anhelos, ni siquiera deseó la candidatura presidencial de su padre. Mas la muerte, ahí sí no tan callada, ¿qué podía sino obligarle a guardar silencio, en su dolor de hombre bien nacido?

*...deja al tiempo girar año tras año
confía sólo en la virtud del trino,
y guarda sólo, en tu desdén hurano
una dulce quietud ante el destino.*

(“Frontera del dolor”)

Los ramalazos vendrán más adelante y aflorarán esporádicamente en la obra poética, formando un poema trunco a la memoria de su padre. La primera referencia directa es de 1932, o esa, espléndida, de la parte III de *San Ildefonso*, donde con sólo aludir al paisaje surge el dolor.

No hay más infierno que el olvido, a él van a dar los poetas que callan. Ni siquiera pueden aspirar al perdón de Dios. Mas ¿cómo ser poeta mexicano, si el callar es expresión nacional? Decir está en la mano de cualquiera, callar es más difícil. Complicáncese la vida los mexicanos, no por gusto, sí por tradición (y nada tienen que ver aquí los indios). El callar como expresión social debe de ser producto del siglo XIX, revueltísimo de dolores. (Revélanse entonces notables políticos y malos poetas). Conoce la cortesía un florecimiento que alcanza cimas barrocas. Pueblo romántico por

excelencia, no da un solo gran poeta romántico. Por no callar algunos prefieren mentir, o hablar por no decir nada, si no les importa la calidad.

Un español del pan pan y vino vino da impresión de párvulo al lado de un mexicano. Quien mejor calla, más medra. Enfocada así la vida resulta más distraída que cualquier otra. —¿Qué no me quiso decir? ¿Qué busca? Todo se hace a tuestas y con pies de plomo. Nada impide decir a todo que sí y sólo padece la crítica, que se revela imposible. Mas ¿es gran pérdida? Con el tiempo todo llega y acendra. El callar engendra gran susceptibilidad, y el callado se duele como ninguno de la lengua larga.

En aquellos tiempos tan revueltos y revolucionados, ¿cómo vivir entre tantos amos esporádicos sin callar a menos de perder no una sino siete vidas si las hubiese uno tenido?

No hay duda que al afianzamiento de una clase en el poder legítimo hará desaparecer paulatinamente esta característica. Dejando aparte que el callar es una de las formas más perfectas del estoicismo; ese estoicismo tan decantado y cantado de los mexicanos.

El propio Alfonso Reyes lo ha dicho no hace mucho, refiriéndose a un recuerdo infantil: *una frase que a través de los años me persigue como una obsesión: "¡Me quedé a solas con mi teatrillo!"* Sí, con su teatrillo callado.

Poesía fuera de sí. Con voluntad extrema de no entregarse. Adarga. Escondida senda por la que huye del mundanal ruido a la que, a veces, no quisiera que llegara otro rumor que el de las hojas de los muchos libros leídos. Mas fracasa. Y la vida se lo lleva por delante, rodando, muchas veces por caminos que no quisiera seguir. Se rebela, apela en vano:

*que hay un azoro, un espanto
en la mitad del silencio,*

como dirá en uno de sus poemas más trágicos y seguirá (así lo

deje para otra parte del libro) en el que le sigue, *La tonada de la sierva enemiga,*

*y es tanta la tiranía
de esta disimulación
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón
tengo miradas de reto
y voz de resignación. (10)*

Estamos en 1913. Dos años de callar absoluto y, en 1915, el primer poema escogido empieza: *Yo de la tierra huí de mis mayores...*

Los trabajos y los días

*Cada vez menos palabras;
y cada palabra, un verso;
cada poema, un latido;
cada latido, universo.*

NORMALMENTE, con la mayor naturalidad, revierte Alfonso Reyes su propio ser al mundo, en una devolución esperada, hermana de los mayores poetas que hayan sido. ¿Hasta qué punto obedece a una ley histórica general —y europea— o depende de la que Cossío Villegas señala como parte de la nota nacionalista de la Revolución Mexicana: *la quietud, la reserva, la moderación, el escepticismo?* No sería difícil hallar las raíces filosóficas que le hacen exclamar:

*es inmortal el instante,
y lo fugitivo, eterno.*

Desde luego Alfonso Reyes no es poeta platónico, en ninguno de los sentidos de la palabra.

Ya algún título suyo, así sea de obra en prosa, recordaba sus fuentes preferidas. ¿No cantó Simónides de Amorgos la resignación ante la brevedad de la vida pero "dejando que el corazón (de los maduros) goce de los bienes de la existencia?"

*¿La emoción? Pídela al número
que mueve y gobierna al mundo.*

(10) Dizque no se trata de él... ¿Desde cuándo se es otro?

*Templa el sagrado instrumento
más allá del sentimiento.*

Los jonios y los pitagóricos son las fuentes naturales del poeta de Monterrey. Y, como consecuencia, un desprecio de la caridad, un sentir aristocrático; Alfonso Reyes salta por encima del cristianismo, de la primera inmortal Grecia conocida, a Goethe.

Deja al sordo, deja al mudo...

No es privativo de sus años maduros, que, ya en 1916, había escrito: *Odio a la pobreza*. Pero no haya engaño: odia la pobreza, no los pobres. Odiala precisamente porque engendra pobres, y punzante, el dolor de saberla presente y, tal vez, remediable. Mas ahora, con el correr de los años, se refugia en la sola estética, posiblemente por considerar inútil el esfuerzo personal, sin que, en ningún momento, deje de alentar simpatía por los que luchan por vencerla.

Pero el destino es ya *inerte ceguera* y sólo produce cierta satisfacción el encerrarse en sí y pulirse: *quédate quieto y callado*, aconseja. Vuelve entonces a contemplar su vida y se avergüenza de seguir amando, a pesar de todo. Ya, ni la gloria quiere:

*Y arráncame estas trenzas de laureles
que me arañan la piel*

dirá en uno de sus últimos poemas recogidos.

Con el otoño habían brotado las canciones resignadas, la voz interior de la obra cumplida, cierta tranquilidad ante la obra bien hecha y el deber satisfecho. Tranquilidad ante la propia vida cuyo fin se vislumbra, y la inquietud por un mundo que camina desoyendo consejos de la más normal prudencia. De ese dualismo van a surgir los suaves poemas mitigados, pero trasverberados de emoción de *En la impaciente juventud...*, *Otoñada*, *La canción secreta* (otra vez rematada con una de las voces más profundas de la lírica española, como para estar seguro de la mejor compañía).

Ifigenia cruel

¿HAY algo de Alfonso Reyes en esa Ifigenia que huyó de la tierra y sus recuerdos?

*Huyo de mi recuerdo y de mi historia...
Pero soy como me hiciste, Diosa,
una llama fría.*

No es, como suelen decir, *Ifigenia* obra aparte en la general poética de Alfonso Reyes, al contrario, y, tal vez, si se apuraran los puntos de contacto con su vida, se hallarían allí "gritos del alma" más directos, más punzantes que en sus otros poemas:

*¡Ay hermano de lágrimas, crecido
entre la palidez y el sobresalto!
Déjame al menos, que te mire y palpe,
¡Oh desvaída sombra de mi padre!*

Esta *Ifigenia* que, en tierra extranjera, se niega a oír el mandato de la sangre y se refugia en el templo, pidiendo asilo, podría, quizá, hallar correspondencia psicológica con un Alfonso Reyes al que hubieran venido a buscar para fin parecido. Ahí radican los mejores momentos del precioso poema.

Al "no quiero" de *Ifigenia* corresponde la penúltima intervención del coro.

*"Alta señora cruel y pura:
etc.*

que es, tal vez, el ideal de Alfonso Reyes:

*y llámate a tí misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.*

El mismo lo dice, meridianamente: *Cuando Ifigenia opta por su libertad... oponiendo un "hasta aquí" a las persecuciones y rencores políticos de su tierra...*

Es posible que, en un momento dado, Alfonso Reyes hubiese querido, como su heroína, perder la memoria, más al recobrarla tenía, forzosamente, ya que se trataba de un asunto personal, que resolver su dilema no según el capricho sino la necesidad vital. *Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia...* y se queda en Táuride. (¿Hay nombre mejor de España?)

El cazador

*Amor, yo nunca pensé
que siempre me acompañaras
hasta ahora que lo sé.*

EL amor en Alfonso Reyes es del de la estirpe del Arcipreste (*El arcipreste aquel del Guadarrama*). Pura alegría de vivir, *divinidad inaccesible*, constantemente adorada, en las horas despiertas, con el apetito vivo, las ganas abiertas, los sentidos a flor del mundo, cuando el viento solo es capaz de estremecer, y no digamos los olores y los volúmenes —siempre curvos.

Lo erótico, que no es moco de pavo en su obra, tiene el lugar justo que corresponde en la vida de un hombre normal, sin callarlo. Nada más lejos de la hipocresía, que preside tanto verso, no en el recato sino en la exhibición, que ciertas poetisas suramericanas pusieron de moda. Es amor del bueno, que no esconde más nombres que los que veda —como siempre— el buen gusto, con tal de no perderlo.

Cortesía

TAL vez en ningún otro momento se afianza tanto su maestría como en *Cortesía*, la maestría formal con rango de juego. Nada le detiene, rompe con todo —y todo, hasta palabras: prestidigitador, malabarista y juglar lanza la amistad al aire, la descompone y recompone en mil formas y colores. No pasa, ni él quiere que pase —con alguna que otra excepción: *Aquí, La canción del equipaje, ¡Por favor...!* y el espléndido soneto *Cara*—, de aparecer como ilusionista. Lo consigue y todos quedan contentos, sobre todo el destinatario. Sólo queda la lívida envidia de los no escogidos.

Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar, escribirá para justificarse. Y tiene razón, pero tal vez carece de ella al darle tanta importancia, porque los grandes poetas no permanecen por sus caprichos (sólo Goya y porque aquello no era sino un título) sino por sus dós de pecho. No quedan los hombres por sus hechos cotidianos sino por sus hazañas. Ahora bien,

si ver al hombre en su nimiedad sirve para completar su biografía, venga. Pero, ahora no se trata de eso, sino de la *obra poética* de Alfonso Reyes, de la que *Cortesía*, no es más que adorno. (11) No así *Minuta*, buen poema mollar; maduro y substancioso.

Huellas

LAS hay, sin lugar a dudas, en los versos primeros, de Heredia, de Othón, de Darío. (¿Podía ser de otra manera?). Pero desaparecen pronto frente a una resaca de fondo, tal vez impelida conscientemente, en contra de lo que le había herido en sus comienzos. Los gustos literarios de Alfonso Reyes saltan a la vista de todos: dedica sus horas a Ruíz de Alarcón, a Góngora. ¿De ellos entonces la influencia? Sería desconocer a un mexicano. No. El gusto de Reyes por lo culto, lo difícil, lo enrevesado, es consecuencia de su amor por una poesía más pura (claro está que escribo aquí "poesía pura" en su sentido prístino y no me refiero a esa aberración de recluirla en la sola música).

Por muchas razones Manrique ha marcado hondamente la poesía de Reyes, por otras Lope. La muerte (de su amado padre) y el amor (múltiple) serán los temas profundos de la poesía más importante de Alfonso Reyes.

De Rubén le quedará el deseo formal de "versificación bárbara" —sáficos o alcaicos, resonancias de exámetro en composiciones rimadas a la moderna— como señaló Enrique Díez-Canedo, pero esto no será, ni con mucho, lo principal.

Heredia fue su primera influencia —él lo dice— su primer deslumbramiento, su primera visión de un mundo limpio. El refugiarse en sí mismo —Reyes es un poeta refugiado, exiliado, descasado desde entonces—, no fue por gusto sino como mal menor, para decir y callar. Sobre todo para callar. Poeta cercenado, imposibilitado para gritar su entera verdad, hallará varios de sus más felices

(11) Así sea tan divertido como *Candombe porteño*.

aciertos en lo externo, en lo descriptivo: la mejor manera de callar y acallar el pensamiento.

(Si hubiera cultivado más este aspecto de sus posibilidades tal vez otro gallo le cantara en cuanto a su renombre poético nacional).

Alfonso Reyes, hijo de gobernador, de presunto sucesor del general Díaz, reconoce en la edad más herible el desmoronamiento de ese mundo. Ve morir a Dios, herido por un rayo, en el centro mismo de su capital. Jamás se le olvidará. Tiene que rehacer su vida con sus propias manos, escoger su tierra, sus gustos, su futuro. Dábanle todo hecho y, de pronto, a los veinticinco años tiene que hacerlo todo. Ruptura total, atroz.

Si el Paraíso Perdido tiene todavía para nosotros la importancia que sabemos, sin saber a arte cierto qué pudo ser, ¿qué no será al alcance de la mano? Mas lo primero es callar, y reconcomerse, que por algo es uno mexicano.

Los antecedentes personales de Alfonso Reyes le señalan un puesto aparte en la literatura mexicana. Le era imposible formar en la pléyade de los escritores de la Revolución; tal vez no por falta de ganas, pero no hubiese sido elegante (esa razón profunda del gusto); y a Alfonso Reyes nunca le faltó tacto (en todos los sentidos de la palabra). Se acogió a la literatura de su país (Alarcón) y a la más afín al barroco de su tierra (Góngora). Así se sintió menos desterrado. Pero el contacto directo con España —con la literatura española— iba a marcar indeleblemente su claro espíritu.

Tras él, Rubén. Pero, ¿había entonces algo más fácil que hacer diariamente metros y metros de poesía rubendariana?

Una oscura reacción le llevará a los moldes clásicos, a los más clásicos, a los más populares: a las canciones de Gil Vicente, a los romances de Lope.

Podrá enaltecer a Góngora, explicar, traducir a Mallarmé, sólo en sus pequeños ocios recogerá su influencia. Tiene consideración

de los demás y cuando compare los pavos reales con el sol escribirá:

*Los pavos reales eran
parientes del sol...*

y no, pobremente,

parientes del sol

como hubieran hecho Góngora o Mallarmé, por razones muy distintas: el uno por complejo de superioridad, el otro —tal vez— por impotencia.

¿A qué —a quién— se parece Reyes, poeta? ¿Con qué poetas de su tiempo se le puede emparentar? (La crítica consiste en aparejar y desaparejar).

¿A González Martínez, a Rafael López, a Eduardo Colín, a Manuel de la Parra, a López Velarde, a Carlos Pellicer, entre sus conterráneos? Desde luego que no. ¿A Rubén, a Lugones, a Guillermo Valencia, a Herrera Reissig? ¿A Juan Ramón, a los Machado, a Unamuno, a Villaespesa, a Rueda? ¿A Enrique de Mesa, a Díez-Canedo, a Domenchina, a Guillén, a Salinas? Tampoco.

Y, sin embargo, hay, con Antonio Machado, ciertas afinidades de gusto, ciertas equivalencias en lo que más pesa —en su modo y manera de entender la vida de la poesía—, en cierto tradicional modo de tratar los asuntos que no quedaría mal quien lo estudiara.

Están ya presentes, en las poesías de 1917 y 1918 (*La amenaza de la flor, El mal confitero*) ciertos valores (de Gil Vicente, de Lope) cierta gracia que luego ha de manifestarse en Federico García Lorca y en Alberti.

Es una vuelta al juego con que el general sentir —que hará despertar, en Francia, el interés por Proust y Valéry— se entretiene y goza. Guillén y Salinas ya están por llegar a Madrid, Alfonso Reyes les acompañará y hará de hermano mayor. Pero no irá por su camino francés. Ahí el mexicano será más fiel a sus propias raíces.